

Poemas

María Andrea Villalba G.

Trabajadora Social, Comunicadora Social-Periodista, sensible y apasionada por las palabras y el psicoanálisis, mariposa.siempreviva@gmail.com

Reminiscencias

Las marcas del fantasma se manifiestan desde mañanas remotas de chocolate caliente y tardes de abecedario en el rincón de la abuela.

Las huellas del fantasma son estridentes. El abandono es su génesis, — desgarradura de infancia—. Gritan desde el llanto de la madre y el corazón detenido del padre.

Los rastros del fantasma hacen ruido desde antaño: cicatrices indelebles en la voz y en las vísceras. Epifanías de mi ser mujer, revelaciones de mi amor.

Desnuda

Tengo como habitáculo la solemnidad. Hija de los últimos sueños del siglo pasado. Noctámbula, anacrónica, inefable, pretendo la poesía.

Distraída ante el paso silente del tiempo. Pequeña frente a mi neurosis, servil a la falta. Carne agobiada en espera imposible de la completud.

Guardo en la añoranza una clave de sol, el amor con notas de mujer, una melodía inconclusa, infinita, una lengua, una boca, unas piernas... su entrepierna.

Tengo como habitáculo la solemnidad. Obsesiva, alucinada, adicta, rota, triste, profundamente triste. Y, sin embargo, Inexorables, la vida, la alegría, el verso, el cantar.

Rastros (fragmento)

III.

Aquí, el desamparo, la madrugada. Aquí, este cuerpo ofrendado al hastío.

La sangre presente, el pecho se agrieta, culpas remotas palpitan en él.

Veo esta calle por donde pasaste.

Ahora la retina dibuja tu silueta en la silueta de otra gente.

Ahora respiro este aire podrido en ausencia de tu olor.

Están tus detalles en las sombras de la casa.

Artífice de mi fe perdida.

Estás en las humedades de esta noche profunda, en la tristeza del placer sin tu piel, en la soledad de los orgasmos sin tu nombre.

IV.

En un soplo de silencio apareciste y el camino me develó el poema.

Lo contemplé, lo recité, viví en él por un instante.

Evanescente en el viento, —como tú—, se me escapó. Ya no existe el primer verso.

Erótica

Contigo en las puntas, emprendo la danza del medio y el índice.

Complacientes entre la humedad, bailan en sincronía con el deseo.

Vaivén del que brotan tus imágenes, sutil para el deleite, preciso para el placer.

Contigo en las puntas, estremezco, imploro, me acerco a lo divino. El aire sale entrecortado, es tu mano en mi mano, siguiendo el ritmo.

Me envuelven corrientes, bajan hasta mi centro. Se acumulan, me palpitan, se derraman bajo mis dedos.

Desde el vientre el suspiro final, el estallido, la muerte a solas... y en la punta de la lengua, tu recuerdo.

Consuelo

Una sensación febril me lleva a la infancia. Me encuentro a oscuras con la niña asfixiada. Enterada del cuerpo, de la muerte. Culpable, sin aliento.

Jugando en soliloquios, Inventando el porvenir.

Veo a la niña atemorizada, viviendo en contracorriente. Precoz, nunca inocente.

La herida sangra. Del dolor de ayer, parecía no quedar nada. Latente, se mantuvo el grito suspendido. Regresó su estridencia.

En el delirio, retorno a esta de hoy, arrolladora, intensa, florecida en letras y canciones.

Digo adiós al calendario, a la ansiedad, a la premonición de la catástrofe.

—En este fuego te abrigo la falta—, me digo. —Respira, niña.

Esperanza

Llegado el júbilo, se hace pudor el lamento. Recorrido el dolor, Incomoda el rito del suplicio.

Liviana, contemplo el desastre.

En las nuevas conjugaciones, vestigios del derrumbe. Lo justo para no reincidir.

Las calles brillan, el óxido resplandece, las gentes despiertan, una mano nos sostiene.

Respiro en verde. Amanece en rocío y colores. Retorna la fe: siempre, otras palabras vendrán. 📖

